



José, El Muchacho del “Chaleco de Fuerza”

“Hola, Chepe. ¿Qué tal estás?” así llamó Haroldo bajándose de su bicicleta en frente de la casa de José.

“Muy bien. Y ¿Cómo estás tú?” contestó José alegremente.

“¿No quieres acompañarme a la tienda para charlar un rato con los muchachos?” le preguntó Haroldo.

“No puedo. Tengo que repartir los periódicos. Ahorita voy por ellos. Y de todas maneras . . .”

“¿De todas maneras, qué?” exigió su amigo.

“De todas maneras no me conviene malgastar mi tiempo en esa forma, aunque no tuviera mi ruta. Yo buscaría mejor forma de ocuparme que estar ocioso, haraganeando en la tienda”.

“Así eres tú”, dijo Haroldo, burlándose de su amigo. “Entonces me voy contigo para traer los periódicos”.

Habían caminado más o menos cuatro cuadras cuando vieron a una señora que se apresuraba por el camino. Abriendo su bolsa ella sacó algo, y sin fijarse dejó caer en la acera un objeto negro. Al instante José dio un salto, recogió el objeto negro y corriendo alcanzó a su dueña. “Perdone, Señora, usted botó algo”, José explicó cortésmente.

La señora se sorprendió al reconocer que el objeto era su monedero y con grande gratitud quedó mirando a José diciéndole repetidas veces: “Muchas gracias, muchas gracias. Necesitamos más personas honradas como tú. Espérame un momentito por favor”.

Abrió su monedero pero mostró su tristeza diciendo: “Se me había olvidado que no traigo monedas. Mira, todo lo que tengo es este billete de a diez, pero ven conmigo a la tienda. Ellos me harán cambio”.

“Pero, ¿para qué?” preguntó José.

“Es porque quiero darte una propina. ¡Fíjate! Podría haber perdido todo. Yo no sentí cuando se me cayó, y no me hubiera hecho falta hasta ser demasiado tarde”, explicó la señora muy agradecida.

“Pero, yo no busco propina” explicó José. “Simplemente quería entregarle lo que es suyo. Así es que me despido. Que pase buen día”.

Haroldo que luego había alcanzado a los dos, se quedó mirando en silencio. Cuando ya se habían adelantado a una distancia donde la señora no podía oírles, Haroldo dijo: “Chepe,

tú eres un tonto. ¿Por qué lo entregaste? Ella nunca se hubiera dado cuenta quien lo encontró y podríamos haberlo repartido entre los dos”.

“Pero yo no robo” declaró José con firmeza.

“Pero esto no fuera un robo exactamente”, dijo Haroldo.

“Pero de todas maneras primo hermano del robo”, sostuvo José. “Sería quedarme con algo que a mí no me pertenece sabiendo a quien le pertenece. De todas maneras, yo no podría gastar dinero robado. Mi conciencia . . .”.

“¡Bah!” dijo Haroldo con cierto desprecio.

“¿Te caería bien que alguien te hiciera esto a ti?” preguntó José. “Nunca recuperé mi pelota de béisbol que yo perdí – eso a pesar que llevaba mi nombre”.

Su amigo parecía estar dispuesto a dejar la plática agregando otras palabras. “Al menos podrías haber ido con ella a la tienda para tu propina”, Haroldo declaró.

“¿Propina para qué? Ningún trabajo hice. Simplemente me agaché y recogí su monedero sin esfuerzo alguno. Era tan liviano como una pluma. Lo único que hice era lo correcto y lo conveniente”.

“Nunca te compondrás”, dijo Haroldo, meneando la cabeza en exasperación. Con esto los dos muchachos se separaron.

José recogió sus periódicos y comenzó a recorrer su ruta. Hábil y ligeramente cumplió su tarea. A él le gustaba repartirlos con cuidado y ligeramente. Y eso a sus clientes les gustaba. Algunos se habían quejado del muchacho anterior. Él había sido muy descuidado. Muchas veces llegaba tarde, mataba tiempo en el camino, tirando los periódicos, los dejaba caer como cayeran.

En el camino José siempre veía a muchos de los muchachos que jugaban en la calle. Y esta noche en particular se juntó con algunos conocidos. Al acercarse a la casa de los González, Daniel le estaba esperando. Levantaba en su mano una tarjeta roja y azul, y muy emocionado se le acercó corriendo. “¡Momentito, Chepe! Un momento”.

José se detuvo para preguntar de qué se trataba.

“Hola, chepe, ¿verdad que tú quieres una chamarra como la de Enrique? Pues aquí tienes una forma fácil de conseguirla. Todo lo que tienes que hacer es comprarte unos números – digamos ese de 7 centavos y ese otro de 19 centavos y si te cayera la buena suerte, la chamarra sería tuya. Tan fácil es – y solamente te costaría 26 centavos. O podría ser que te cayera la suerte con el primer número. Escoge el número que quieras. Ninguno cuesta más de 35 centavos”.

“No, muchas gracias, Daniel, pero a mi no me gustan los juegos infantiles de azar. Yo gano mi propio dinero y al juntar mis centavos compro mis propias cosas. De todas maneras, alguien tiene que pagar por la chamarra y ¿por qué ha de ser uno de los muchachos que ni tendría el gusto de ponérsela? Perdona; tengo que irme.”

“Mejor lo hubiera sabido”, dijo Daniel al entrar de nuevo en su casa. “José nunca participa de cosas de carácter dudoso desde aquella mañana cuando en la escuela bíblica de vacaciones él dice que fue ‘salvado’”. Y mientras que estaba pensando a quien vender otro número, pasó Haroldo. Fijándose en su compañero, Haroldo le gritó: “¿Qué té pasa, Daniel? ¿Qué té pasa?”

“Ven. Cómprate otro número”, dijo Daniel ofreciéndole la tarjeta.

“Pero no tengo plata. Lo perdí todo comprando números”, contestó Haroldo. Entonces pensaba en el billete de a diez que podría haber compartido con José. “Si solamente Chepe no hubiera sido aquel ‘santito’, hubiera tenido bastante dinero”. Y contó a Daniel toda la historia.

“¡Ese Chepe! No hace eso, no hace aquello. Tampoco se compra un número. Lo llama juego infantil de azar. Me contó que quería ganar su propio dinero y no hacer que otros muchachos que perdieron pagasen su chamarra. Pero si ellos están dispuestos a correr ese riesgo ¿qué importa? Todos hacen esas cosas.”

“Pero eso no le importa a Chepe. Él se opone a toda la muchachada cuando cree que algo no le conviene. Cuando todo el grupo quería hacer travesura con Jorge, todos estaban dispuestos menos Chepe,” así se acordó Haroldo.

“Ciertamente, él no va a caer bien con todos. Mejor estuviera en un ‘chaleco de fuerza’”, así dijo Daniel.

“Exactamente”, contestó Haroldo. “Solamente que la mayor parte de la gente que llevan ‘chalecos de fuerza’ no lo hacen por querer hacerlo”.

“Y no lo hacen con el gusto como lo hace Chepe”, así dijo Daniel. “Chepe es el muchacho más feliz que conozco”.

“Pero, fijate, tú. Él ni dice malas palabras” respondió Haroldo tratando de reírse en burla. “Y ¿sabes qué? Él vive diciéndome que Dios me va a castigar por hacerlo. No entiendo al muchacho”.

“Pero no te has fijado que a la gente le cae bien”, razonaba Daniel. “Y él tiene un montón de amigos”.

“Mis padres dicen que quisieran que yo fuera como Chepe” confesó Haroldo.

Entre tanto José recorrió su ruta sin saber los comentarios de los muchachos y sin darse cuenta de su buen ejemplo que ya ejercitaba buena influencia sobre Haroldo y Daniel e iba a hacerlo en las vidas de muchos otros jóvenes en el futuro.

- The Junior's Friend